

Ciro Mendía

Naturaleza muerta en amarillo y otros poemas

· antología arbitraria ·



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020

Unidos por la Cultura

Modalidad: El Almacén de las Palabras

Naturaleza muerta
en amarillo
y otros poemas
· antología arbitraria ·

©Herederos de Ciro Mendía

©Nuevas Voces Editores

Editor: Camilo Restrepo Monsalve

Diseño de carátulas: Manuela Salinas Sierra

Diagramación: Camilo Restrepo Monsalve

Desarrollo de la aplicación: Juan Felipe López

La presente plaquette se realiza con autorización del autor, su fin es divulgativo, pertenece a la Colección Yarumo de PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña. Descarga la aplicación PoetApp en el AppStore y disfruta de su versión electrónica.

Proyecto apoyado por el Instituto de Cultura y Patrimonio de la Gobernación de Antioquia, a través de la convocatoria de estímulos 2020, Unidos por la Cultura, Modalidad: El almacén de las palabras.

Ciro Mendía

Naturaleza muerta en amarillo

y otros poemas
· antología arbitraria ·

Selección de Camilo Restrepo



Colección Yarumo

PoetApp: biblioteca portátil de poesía antioqueña

Nuevas Voces Editores

Fácil cornamenta

Aquella noche don Torcuato Zea,
muy achispado él, decirme pudo:
nunca, nunca seré cornudo,
porque es mi esposa demasiado fea.

Y en verdad que sí es fea Dorotea,
no lo duda el vecino, ni lo dudo
yo que a su casa con frecuencia acudo,
ni tampoco cualquiera que la vea.

No tiene ella talento ni buen trato,
pero la dama tiene garabato,
y un amigo que fea la desea.

Y fue este amigo cándido, prudente,
quien un día en sus barbas, fácilmente,
hizo cornudo a don Torcuato Zea.

Los niños terribles

*E hirieron a cuchillo todo cuanto en ella había vivo,
destruyendo y no dejando cosa con vida.*

Josue, cap. II

Bajo cómplices cielos,
al estadio del mundo
van los niños terribles.
Sus melenas de plata
acaricia una racha apocalíptica.
No van a jugar al fútbol ni al tenis,
ni al polo ni al béisbol.
No van a jugar al trompo ni a la cometa,
ni a la gallina ciega,
ni a la rueda del ángel.
Inventaron u juego
más antiguo que el hombre.
Van a jugar a la guerra:
no a la guerra con hondas y guijarros,
no con escopetas de madera,
ni con rifles de aire comprimido.
Van a jugar con dinamita,
con lanzallamas, con ametralladoras,
con cañones de largo alcance,
con sangre, con huesos, con piernas rotas,
con incendios, con iglesias, con hospitales,
con escuelas, con viudas, con huérfanos,
con nostalgias, con besos, con adioses.
El viento de la locura
ha quebrado los tallos del amor.

¡Bravo, niños terribles!

Son los héroes modernos,
los inmortales, los predestinados,
los escogidos,
los constructores del nuevo mañana,
los grandes.

Van a jugar a la guerra con aviones,
con acorazados, con torpedos, con submarinos,
y con una cajita de música infantil
que es la bomba atómica,
productora de calor blanco.

En Polonia, en Austria,
en Noruega, en Grecia, en España,
en Abisinia, se llevaron el trofeo.

En Londres, en Berlín, en Roma,
en París, en Stalingrado,
en Tokio, se cubrieron de gloria.

En Hiroshima no fue herida sino una paloma.

En Nagasaki apenas se desmayó un cordero.

Pero deshonraron la muerte
y el sol cayó a pedazos de vergüenza.

En el paisaje asesinado

Veo el cochecito de un bebé, sin ruedas.

¡Bravo, niños terribles!

Los que no murieron como ratones en sus cuevas,
quedaron tan fatigados, tan débiles,
que la humanidad les debe
una bebida fresca.

¡Ay qué buenos, ay qué puros,
ay qué inofensivos,
ay qué patriotas,
son y fueron todos esos niños terribles!

Adolfo era un lirio,
Benito un jazmín,
Hiro Hito es un tulipán,
Chang Kai Chek es una magnolia,
Churchill es un crisantemo,
Roosevelt era una gardenia,
Stalín es una azalea,
Truman es una dalia,
Petain es una azucena,
Laval es una rosa,
Franco es un clavel.

¡Qué maravilloso es el jardín
de los niños terribles!

Al fin nada malo hicieron.
Sólo quebraron algunos vidrios
del balcón del vecino,
y de los árboles se llevaron algunos frutos.
Por eso la historia
les abre ya sus puertas de diamante,
y de las marmoleras de la tierra

salen enormes bloques
para que los artistas
se honren haciendo sus estatuas.
No van a caber las estatuas en el mundo.
Pero algún día sangrarán las estatuas.

¡Bravo, niños terribles!

Hoy -día de la paz-
no habrá escuela para vosotros.
Merecéis un descanso
después de tan duro ejercicio.
Y para premiar vuestra ejemplar conducta,
vuestras madres os van a llevar
a todos los cementerios lejanos,
al fondo de los mares,
a los escombros,
para que visitéis las tumbas
de los millones de niños y mujeres
que cayeron a merced de vuestras travesuras.

Y ahora, a dormir, gorilas perfumados,
caínes internacionales.

Naturaleza muerta en amarillo

Vincent estaba solo,
solo de soledad,
solo de amor,
solo sin él,
y sin Theo,
su segundo corazón.
Nunca hubo un hermano
como Theo Van Gogh.
Pero Vincent tenía un vino,
y era el color.
El color amarillo,
que es el color del canto del grillo.
Y un día llegó Vincent Van Gogh
a Arlés.
El mistral
jugaba con su grito,
con su voz.
Y llevó contra el cuerpo
de una mujer
su amor.
El pobre y mudo amor
de Vincent Van Gogh.
Y sin un franco pagó el placer
con paleta rosada
de su oreja en flor.
¡Qué sangrante,
qué feo,
estás Van Gogh!

Loco de fe,
de sol,
más loco que Cezanne,
que Tanguy,
que Lautrec,
que Seurat,
que Rousseau,
que Gauguin.

Loco de él,
de amarillo,
de luz.

Su corazón
pedía sol.

Sol

para las matrices selladas,
para los corazones baratos,
para las almas de segundo cuerpo,
para los músculos caídos,
para los senos en fuga,
para las cabelleras desoladas,
para los espejos nostálgicos,
sol, sol, sol.

Sol en los gemidos,
en los espasmos,
en las cadenas,
en las banderas ausentes,
en el suicidio,
en el adulterio,

en las rosas artificiales,
en la hora de la muerte,
en el siglo de la vida,
en el viento, en los molinos,
en los tulipanes,
en los cuervos, en los trigales,
en el silencio de las bodegas,
sol, sol, sol.

Sol para los niños de avellana,
para las hembras secas,
para los poetas sin poesía,
para su corazón,
para su sangre,
para su odio,
para su angustia,
para su soledad,
para su epilepsia,
para su sexo baldío,
y para el sexo
de Cristina y Margot:
sol, sol, sol.

Sol para el diamante mordido de tinieblas,
para la manzana calumniada,
para el puñal en el museo,
para las estatuas creciendo,
para el pez sin corbata,
para el búho oculista,
para los ghettos
-barrios de la inteligencia-

para la mesa vacía,
para su comunismo integral,
y para Carlos Marx:
sol, sol, sol.

Y Vincent gritaba,
y el mistral se rompía
contra su voz:
si no hay pan,
dadme sol.
Sol para dormir,
para comer,
para amar.
Quiero beber sol,
comer sol.
Cuando caiga despedazado, roto,
vivo de muerte,
no me deis agua,
dadme una gota de sol.

Y murió loco de color,
de fe,
de sol.
Y en su tumba plantó Theo
sus girasoles
llenos de sol.

En el sol debe estar la tumba
de Vincent Van Gogh,
porque él estaba hecho y ebrio
de sol.

A Mr. Adams

La noticia que tengo de tu oscura
existencia, mi caro mayordomo,
me dicen que eres de talento romo,
cerril, cerrado y de cabeza dura.

Que sin hacerte nadie la escritura
del Paraíso, en él entraste como
Pedro en su casa, sin ningún asomo
de honradez. Comunista es la figura.

También me informan que mujer tomaste,
sin bendecir la unión, y que engendraste
a Caín, el maestro de la esgrima.

Qué se puede esperar de un hombre hecho,
así de pronto, sin amor, sin lecho,
y sobre todo sin materia prima.

Autobiografía en blanco

Al nacer -cómo me acuerdo-
sólo merecí media alma,
media luz, medio alarido,
media leche, media cama.

Con un día de nacido
libré mi mejor batalla:
a un enano -niño viejo-
le rompí la boca blanca.

Fui un niño de pelo en pecho,
un niño de rompe y rasga,
el terror de los turpiales
y el coco de las muchachas.

A los diez años cumplidos
(y era bella mi madrastra)
de casa me echó mi padre
porque le gané la dama.

Por una carta amorosa,
que en verso escribí a la diablo,
me dieron el premio Nóbel,
dos orejas y una pata.

Un lance tuve con Jorge,
y otro lance con Ahumada:
los dos murieron de susto,
y yo morí de nostalgia.

Después de escalar la iglesia
(y esta fue mi grande hazaña)
la custodia de Envigado
vendí al abate de Caldas.

Fui con Daniel el Hachero
su más leal camarada,
su consejero, su doble,
su brazo fuerte y su hacha.

Fui urbanista en la famosa
Villa de la Candelaria,
y allí negocié un palacio
que hice en Venus con barajas.

Fundé en Bogotá -remedio
del Páramo de las Papas-
una fábrica de adioses
y un almacén de fantasmas.

Varón simple, sin relieve,
especie de honrosa plaga,
elegante espantapájaros
con el pecho al sol y al agua.

Ahora soy una flecha
al vacío disparada,
el esqueleto de un faro,
la sombra de una palabra.

Soy un billete sin curso,
sorda moneda cansada,
soy un muerto con licencia
para dormir en mi casa.

No sé de nada ni nado,
ni de nada tengo nada,
soy un farol sin sombrero,
sin calle, en la noche larga.

Soy un conflicto sin caso,
una puerta sin aldaba,
una tuerca sin cabeza,
una aguja desojada.

Soy el vino que bebieron
los dioses en la estacada,
la copa que quebró el diablo
en su taberna de plata.

Soy un resorte de ausencia,
el recuerdo de una máquina,
la huella de una tormenta,
una nube torturada.

Soy el natural fracaso
del olerío en la playa,
soy el viento que ha llegado
la penitente sandalia.

Hombre de tierra sin tierra,
no hice más -¡Valiente gracia!-
que túneles en el aire
y agujeros en el agua.

Pero en mi mano baldía
la antorcha no está apagada,
y mi corazón de circo
desde su trapecio canta.

Mañana será otro día,
y el ayer será mañana.
-Más ginebra, compañero,
que aquí no ha pasado nada.

La venganza de la Diosa

De cómo Diana, la diosa de la caza, se le pasó al venado.

El Centauro Quirón educó al mozo
que Acteón se llamó. Y era muy dado
a la caza del ciervo engalanado,
del ramaje frontal maravilloso.

Tenía muchos perros. Con qué gozo
los veía ladrar desde el collado,
y si una buena pieza había cobrado,
no cabía en su cuerpo el alborozo.

Bañándose desnuda estaba un día
Diana; la vio Acteón, y ella, bravía,
lo transformó en venado bien corrido.

Perseguido por valles y por cerros
fue el cazador cazado, y ya cogido,
fue bien comido por sus propios perros.

Natural

Con diez metros de tubo intestinal,
No extrañes que sea malo Pedronel,
Que decente no sea Luis Miguel
Y que un mezquino sea don Pascual.

Si es el hombre un magnífico animal,
Espera lo que sepa darte él,
Que hacen al día idéntico papel,
El rey, el cerdo, el asno, el mariscal.

El estómago es amo en lo civil,
Priman el ignorante y el servil
Y no ser buena gente es lo normal.

Todo será más sucio bajo el sol
Mientras tengas que hinchar de carne y de col
Tus diez metros de tubo intestinal.

Huelga de ángeles

*A Adán Arriaga Andrade y Otto Morales Benítez,
hábil buzo de las innumerables lagunas
del Código Sustantivo de Trabajo.*

San José se llevó al cielo
su taller de mala muerte,
y en el cielo se divierte
Con muebles de mediopelo.
Sus taburetes de yelo
y sus poltronas de nieve
los fabrica en tiempo breve
mientras ángeles de menta
le exigen pague la cuenta
de salarios que les debe.

Los líderes celestiales
presentaron ya –bribones–
un pliego de peticiones,
de peticiones verbales.
Piden alza de jornales
y campo de balompié,
billar y salón de té,
salacunas y piscina,
y hay que verle la mohína
al industrial San José.

Alega entre serio y bravo
que la madera ha subido,
que en los clavos que ha pedido,

esta vez no dio en el clavo.
Que no produce un ochavo
aquella ebanistería
de la que nadie se fia
y nunca se ve que avance,
y les presenta el balance
de “JeJoMa y Compañía”.

Los obreros y aprendices
fortifican su reclamo
y notifican al amo
que en huelga están felices.
San José sus cicatrices
contempla en su mano larga
y con voz dulce y amarga
les suplica en tono bajo
que regresen al trabajo...
y ellos gritan: ¡A la carga!

Sindicatos del Diamante,
de la Luz y del Perfume,
apoyarán —se presume—
el movimiento gigante.
Se organiza en un instante
un mítin casi siniestro,
e insinúan el secuestro
del Hijo multimillonario...
De piedras cae un rosario
en el taller...Padre nuestro...

Intervienen San Clemente

Y Lenin y San Mateo,
Marx, Stalin, San Tadeo,
Bakunin y San Vicente.
-Es un burgués indecente,
gruñe Karl...San José calla.
Y en las calles la metralla
a su música se apresta,
y se oye allá la protesta
de la celeste canalla.

San José lleno de espanto,
Suavemente y manso dijo:
-Por la salud de mi Hijo
Me entrego con gorra y manto.
Aquí les dejo mi llanto
y mi afán y mi sofoco,
el Pasivo, que no es poco,
el good-will, que es mi pobreza,
y este dolor de cabeza
que me está volviendo loco...

Los ángeles –con matracas-
se tomaron el taller,
San José se fue a leer
sus novelas policiacas.
Y en su rancho de albahacas
pasa sus días frutales,
sin conflictos laborales,
sin cepillo y sin garlopa,
gustando la eterna sopa
que le da María Puñales.

Después de muerto

Si me muero del todo – y Dios me asista –
te excuso de llevarme aquellas flores
de amarillos y técnicos colores
que el mentido dolor pone a la vista.

Te recomiendo, amor de mis temblores,
qué cuando tú mi tumba tengas lista,
esté provista, pero bien provista
de teléfono, baño y ascensores.

Que sea una tumba confortable, grata
con vasos de oro y ventanal de plata,
sillones verdes, bar, tapices, seda.

Una tumba a la moda y con espejos,
que no me quede de la tuya lejos
para llamarte a gritos cuando pueda.

Carta policiaca

Mi marido, señor, está mordido
de celos, qué celoso más templado;
celos de mi canario anaranjado
y celos del color de mi vestido.

Sospechaba de Juan, el engomado,
sospechaba de Pedro, el invertido,
pero ahora mi Mason distinguido
con una pista superior ha dado.

Por esto es necesario, mi poeta,
que te cuelgues del hombro la escopeta
y prevenido estés y en tus cabales,

porque te hago saber, y éste es el hecho,
que anoche en las dos copas de mi pecho
mi esposo halló tus huellas digitales.

Irene

Bella y simple. Eso era. Pero era
más sana que un adiós de golondrinas;
eran sus carnes cálidas y finas,
como las carnes de la primavera.

Rubia y blanca. Muy seria. Mandarininas
sus pechos. Con la gracia más sincera
-cuando bebía-, riendo y placentera,
miraba al cielo como las gallinas.

Era algo así como zanahoria
con faldas, sin cultura, sin historia,
por si las moscas, demasiado arisca.

Hoy de distinto modo muele el grano,
ya de tonta no tiene ni una pizca,
¿y de arisca? ¡Qué va! Come en la mano.

Tragedia de una virgen

Era una buena chica, bien plantada,
Vivaz, alegre, fina, coquetona,
Era una gran delicia su persona
Por dioses y por diosas alabada.

Las tres gracias le dieron la corona,
Y por grandes poetras celebrada
Fue en el alto Parnaso señalada
Como la más picante y la más mona.

Pero el amor –el bicho entre los bichos-
Que tiene sus manías y caprichos
De su moral va siempre a la defensa.

-Virgen y rica soy... me dijo un día,
Y exclamé sin creer lo que decía:
¿Virgen y millonaria? ¡Que vergüenza!

Cambio de escena

Yo vivía al derecho y buenamente,
era dueño y señor de mi pobreza,
pero nunca faltaron en mi mesa
el pan ni la botella de aguardiente.

Yo era el amigo de la buena gente,
yo no dejaba entrar a la tristeza
en mi sangre y reía con largueza
y era ingenioso y casi inteligente.

Me divertía con sabrosas ganas
y al aire echaba canas, tantas canas,
que invadió la calvicie mi cabeza.

Pero un día la muerte —actriz notable—
abrió otra vez mi puerta respetable
y la velada convirtió en tragedia.

En casa

Yo soñaba en mi casa, viejo, oscuro,
entre libros y lágrimas y penas,
y aspiraba a quitarme las cadenas
y huir, saltando por el alto muro.

Ya mi razón se iba del seguro,
mis manos no eran ya las manos buenas
que de heridas con sal se alzaban llenas
y a un milímetro estaba del cianuro.

Entró una sombra azul, qué bien lucía,
y dijo en baja voz —¿Decirme quiere
si vive aquí el cantor **Ciro Mendía**?

Yo que al piano ensayaba un miserere,
le dije sin creer lo que veía:
—No, señor, aquí muere.

En los funerales de un Amigo

Qué exequias más hermosas, qué gentío,
cuántas flores y sombras, cuánta pena,
con su mutis quedó sola la escena,
cuántas hojas caídas sin rocío.

Qué silencio en las voces, y qué frío
por el amigo muerto. Gime llena
de angustia el alma por el alma buena,
cómo me dueles, compañero mío.

La amistad y el amor están presentes,
la pluma y el talento están de luto,
nieblas hay en los ojos, en las frentes.

Y pienso al ver el fúnebre ajetreo
que por razones de mi ceño hirsuto
no irá a mi entierro nadie, ni yo, creo.

Nada de misereres

Yo no quiero morir, morir me asusta
y la muerte se me hace muy pesada,
me cae gorda la desnarigada,
pues no sabe de amor, ni a nadie gusta.

Me molesta y fastidia con su fusta
y con perdón, no sirve para nada,
es una pobre hembra fracasada,
y es aguafiestas y además injusta.

Yo no quiero morirme ni de broma,
me gusta más la pera que el fibroma,
más la luz que los largos apagones.

Me gusta más la risa que el lumbago,
por un responso que me den un trago
y el cielo se lo dejo a los gorriones.

Discurso del homenaje

En el mar de mi vida, un oleaje
cortó mi nave con su doble filo
y un dolor negro con su viejo estilo
ha malogrado mi terrestre viaje.

Para poder venir a este homenaje
tuve que alzar mi corazón en vilo;
saqué mi alma de su helado asilo
y hasta mi casa con amor la traje.

Y al corazón le dije: —Viejo, vamos
a agradecer honores. Y aquí estamos
en esta noche grata pero yerma.

Mas sabed que mi alma azul no vino,
porque del goce ya olvidó el camino,
y porque estaba demasiado enferma...

ÍNDICE

Fácil cornamenta	· 7 ·
Los niños terribles	· 8 ·
Naturaleza muerta en amarillo	· 12 ·
A Mr. Adams	· 16 ·
Autobiografía en blanco	· 17 ·
La venganza de la Diosa	· 21 ·
Natural	· 22 ·
Huelga de ángeles	· 23 ·
Después de muerto	· 26 ·
Carta policíaca	· 27 ·
Irene	· 28 ·
Tragedia de una virgen	· 29 ·
Cambio de escena	· 30 ·
En casa	· 31 ·
En los funerales de un Amigo	· 32 ·
Nada de misereres	· 33 ·
Discurso del homenaje	· 34 ·



*

Ciro Mendía fue el seudónimo del escritor colombiano Carlos Mejía Arango (Caldas, Antioquia, 1894 – La Ceja, Antioquia, 1979). Poeta, dramaturgo, comediógrafo, novelista y ensayista. Fue colaborador de diferentes revistas y periódicos. Autor de catorce libros de poesía, doce obras de teatro y un ensayo sobre la poesía popular. Parte de su obra permanece inédita o dispersa. Fue tipógrafo y diplomático en España. Obras publicadas: *Sor miseria* (1919); *Nocturnos* (1920); *Como el vino en la cántara* (1924); *En torno a la poesía popular* (1927); *El libro sin nombre* (1928); *Ímpetu* (1930); *Lámpara de piedra* (1934); *Escuadrilla de poemas* (1938); *Naipe nuevo* (1949); *Noche de espadas* (1953); *Farol sin calle* (1957); *Caballito de siete colores* (1968); *Fin de fiesta* (1972); *Teatro escogido* (1974); *Antología* (1978 y 2001); *Teatro completo* (1986); *La golondrina de cristal* (1992).



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Colección Yarumo



NUEVAS VOCES

